

EL FÉRETRO

Andrés Echenique

Andrés Echenique

# EL FÉRETRO

*Relatos breves*



## Capítulo 1

Al día siguiente de que murió Juanito, mi hermano menor, velaron su cuerpo aquí en casa. Tendría yo, en ese entonces, diez años; y él, ocho. Se trató de un golpe devastador y terrible para mi familia, puesto que mis padres siempre quisieron más a Juanito que a mí; a pesar de que yo, Pedro, ocupaba el primer lugar en mi clase y destacaba en el deporte. Juanito, por su parte, siempre fue un niño «encantador», aunque muy desordenado y bastante distraído. A partir de ese nefasto suceso, pasé a ser hijo único de la familia Lascuráin Montero.

Teníamos poco tiempo de habernos mudado a un barrio muy agradable —de calles y banquetas amplias—, ya que mi padre había comprado una casa muy grande, la cual tenía unos tejados altísimos y una sala enorme y muy ancha, de doble techo. El patio trasero tenía muchos árboles, y en uno de ellos mi padre había instalado un columpio y una escalera colgante donde Juanito y yo pasábamos muchas horas jugando; aunque a veces reñíamos, y entonces optaba por encerrarme en mi habitación para jugar yo solo. El patio frontal no tenía tantos árboles, dado que el espacio estaba ocupado —al centro— por una escalinata ancha de ocho escalones y un área habilitada para aparcar coches, además de unos jardines —uno a cada lado del patio— que eran alargados y estrechos. Todos habíamos estado muy contentos, disfrutando de nuestra nueva casa, cuando —súbitamente— la muerte accidental de Juanito vino a empañar nuestra dicha endeble.

El día del velorio, nadie me hizo caso. Todos estuvieron muy atareados: sacaron los muebles de la enorme sala —excepto el sofá y los sillones—, limpiaron y pulieron el piso, metieron muchas sillas, prepararon comida, café y chocolate, y trajeron flores. Muchas flores. Muchísimas. Y ahí, al centro, casi pegado contra la pared de atrás, colocaron un féretro pequeño, gris oscuro, con manijas color plata y oro.

Desde temprano empezó a llegar gente. Tíos, primos y abuelos. Pero, más que nada, gente desconocida. Mucha gente. Muchísima. Todo un ejército de personas vestidas de negro que nunca había visto antes y que actuaban raro: algunos hablaban en voz baja; otros, en tono normal. Algunos, incluso, lloraban. Pero todos estaban serios. Muy serios.

Nadie me prestaba atención. Volteaba yo el rostro hacia arriba y veía a la gente absorta, contemplando el féretro o charlando tristemente. Mi padre estuvo muy ocupado recibiendo a la gente que llegaba. Todos repetían lo mismo al saludarlo: «Mi más sentido pésame». Mi padre —quien vestía traje negro y tenía unas marcadas ojeras, ya que no había dormido la noche anterior— invariablemente respondía: «Gracias». Tenía la mirada rara y distante. Parecía robot. Mi madre —quien también vestía de negro— estaba sentada frente al féretro. Había llorado tanto el día

anterior que, para cuando trajeron el féretro —como a las tres de la tarde—, se había quedado sin lágrimas y no le quedaba una más por verter. Tenía los ojos rojos y secos, los párpados muy hinchados y la mirada perdida y ausente. Como si se encontrara lejos. Muy lejos. Más lejos que Juanito que, según lo que decía mucha de la gente que había asistido, se encontraba en el cielo. Varias veces me senté a su lado y ella no lo notó... ¡Estaba hipnotizada por el féretro!

Cuando anocheció, subí a mi habitación. Entré y me senté en la alfombra mullida, frente a una enorme pista de autos que mi padre me había regalado el verano anterior, como premio por las notas altas que había obtenido en el colegio. Me quedé absorto contemplando los diez coches en miniatura que yo había colocado al centro de la pista: cada uno era una magnífica réplica de diversas marcas; todos eran autos clásicos. De todos mis juguetes, este era el que más impresionaba a mis amigos. No obstante, mi mayor orgullo estaba depositado en un balón de fútbol amarillo, ya que tenía el autógrafo del portero de la selección nacional, quien me lo había firmado el día en que fuimos a ver el partido de la gran final.

Pronto me invadió una profunda tristeza. Recordé que casi nunca había permitido que Juanito jugara con mis coches. Ni con mi balón amarillo. De hecho, a nadie le permití jamás tocar mi balón amarillo, para evitar que se decolorara el autógrafo. En cuanto a mis coches, Juanito siempre había sido un niño descuidado que descomponía sus propios juguetes y no habría de permitirle yo que descompusiera los míos. Al menos no mis coches, esos no. Los otros juguetes no me importaban tanto, pero... ¿iMis coches!? Con todo, una vez que comprendí que no volvería a verlo jamás, me sentí mal por haberle negado la alegría de jugar con mi pista. Sentí que había sido yo un niño egoísta y malo, pues él siempre me había suplicado que se lo permitiera, y solo una vez —tan solo porque mi madre me fastidió— le permití poner mano sobre mi pista de autos, durante diez minutos que me parecieron eternos. ¡Oh, Dios! ¡Qué egoísta había sido! Eché a llorar y le prometí a Dios que, si resucitaba a Juanito, le regalaría a mi hermano dos de mis coches y le permitiría tocar mi balón amarillo todas las veces que él quisiera.

Ya más noche intenté dormir, pero no pude. El rumor de la gente no me lo permitía. Apenas cerraba los párpados, escuchaba la voz chillona y potente de una mujer que rezaba: «Dios te salve, María. Llena eres de gracia...» Enseguida, toda la gente le respondía: «Santa María, madre de Dios...» ¡Imposible dormir!... Decidí que lo mejor sería pasar la noche entreteniéndome con mis coches y mis demás juguetes.

Por la mañana el ruido acabó. Bajé a la sala y pude ver que varias personas se encontraban durmiendo —algunos recargados sobre otros— en el sofá, en los sillones y en las sillas. La gente que estaba despierta guardaba silencio o hablaba en voz baja. Subí de nueva cuenta a mi

dormitorio, pero ya no jugué. Me sentía tan cansado y rendido que tuve que acostarme. Al poco tiempo empezó a llover, y el suave ruido de la lluvia golpeando los cristales de las puertas de mi balcón me arrulló. Finalmente, caí profundamente dormido.

Tuve varios sueños que no logro recordar, aunque sé que me causaron harta inquietud. Sin embargo, el último sueño que tuve quedó grabado en mi memoria con suma claridad. Soñé que el mundo estaba al revés; es decir, el suelo arriba y el cielo abajo. Los tejados de las casas estaban abajo; y sus pisos, arriba. La gente caminaba con los pies arriba y la cabeza abajo; los perros también caminaban de cabeza. El cielo se encontraba bajo mis pies, cubierto de nubes grises, como si estuviera a punto de caer —o más bien, de subir— una fuerte tormenta. En mi sueño presentía yo que algo terrible habría de suceder, y trataba, en vano, de alertar a la gente. Nadie me escuchaba; la gente pasaba de lado platicando indolentemente. Fue entonces que las nubes empezaron a teñirse de rojo. Primero de un rojo leve; pero, gradualmente, de un color más oscuro e intenso. Por último, las nubes empezaron a sangrar!

Levanté la espalda de la cama bruscamente y desperté agitado, respirando fuertemente. Una vez que logré tranquilizarme, noté que el reloj de mi habitación marcaba casi la una y media de la tarde. Luego, caí en la cuenta de que había parado de llover y que la casa estaba sumida en un absoluto silencio. No se escuchaba nada. Nada. Ni un solo ruido. Solamente tic tac, tic tac...: el sonido del péndulo del reloj de la sala. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal... ¿Acaso me habrían dejado solo en casa?... Salté de la cama, como rana electrizada; arranqué hacia la planta baja y me detuve al final de los escalones: la sala se encontraba totalmente sola. Ni un alma. Ya no estaban ni el féretro, ni la gente, ni mis padres; solo cuatro cirios apagados —grandes y largos, consumidos hasta la mitad—, y algunas flores esparcidas por el suelo.

Corrí hacia la puerta frontal y jalé insistentemente del picaporte. Fue inútil: la puerta se encontraba atrancada con la cerradura superior, la cual solo se abría con una llave que cargaban mis padres. Desahogado, eché a correr hacia la puerta trasera, la cual está en la cocina, y tiré del picaporte frenéticamente... ¡La puerta de la cocina también había sido atrancada!... ¡Oh, demonios! ¿Qué podía hacer?... Empecé a sentir pánico... Me acordé del teléfono de la sala. Arranqué hacia allá. Al llegar, me acerqué el teléfono y levanté el auricular, pero al intentar marcar no dio línea. No obstante, marqué el número de mi padre muchas veces, tantas que no logro recordar cuántas. ¡La línea estaba muerta! Recargué la espalda en la pared. No podía dar crédito a lo que sucedía. Frustrado y abatido, me dejé caer lentamente al piso y eché a llorar... ¡Carajo!... ¡Se habían olvidado de mí!

No me extrañaba que mi madre me hubiese olvidado. Hacía tiempo que ya no me ponía atención. Juanito era su preferido, y a mí ya casi no

me quería. Además, ese día y el anterior, el féretro la había tenido hipnotizada. Pero mi padre... ¿iMi padre!?... Hasta entonces comprendí cuán falso había sido conmigo: él también prefería a Juanito. Cuando me felicitaba por mis calificaciones, únicamente lo hacía para encubrir su predilección por él. ¿Cuántas veces falté a mis entrenamientos de baloncesto solo porque mi padre llegaba tarde a casa? ¿Por qué casi nunca iba a verme jugar?... «No pude salirme del despacho a tiempo»; «Los negocios van mal»; «En cuanto esto tome forma, tendré más tiempo para irte a ver jugar». Ah, y la más falsa de sus frases: «Te lo prometo». Poco a poco empecé a ver las cosas con mayor claridad: estaban irritados conmigo porque su hijo consentido había muerto. Hubieran preferido que yo muriese en su lugar. Y no culpaba a Juanito. No. Juanito no tenía la culpa de los errores de mis padres. En un principio lloraba cuando me hacían menos por causa de él. Pero ya no. Ahora era yo un niño grande y no solía llorar ya más. Pero ¿Abandonarme en casa?... ¿Hacerme esto?... ¡Cómo no habría de llorar!... Hasta un niño adulto hubiese llorado.

Desolado, me dirigí a los escalones para subir a mi alcoba. Arrastraba los pies con tristeza. Me parecía que mi desdicha estaba hecha de plomo, ya que apenas me permitía caminar. Al entrar en mi habitación, apoyé la espalda en la pared, incliné la cabeza y me deslicé lentamente hasta quedar sentado en el piso, cargando el cuerpo a un costado del guardarropa. Sentía mis párpados pesados. Me quedé absorto mirando al suelo. No podía hacer nada ya. Nada, sino esperar a que regresaran mis padres. Si es que regresaban. Porque, por otra parte, era muy probable que nunca volvieran. ¿A qué volver por un hijo que no se quiere ya más?

Estaba sumido en mis pensamientos y navegando en mis tribulaciones cuando, súbitamente, noté que la orilla de las sábanas que tocaba el suelo se movía sola. Parecía como si una persona se hubiese escondido debajo de mi cama, y con su mano estuviera empujando las sábanas. El pelo se me erizó. Mi corazón empezó a latir muy fuerte: pum, pum, pum... sentía sus latidos en mis sienes. Las sábanas volvieron a moverse en rápida sucesión: una, dos, tres veces. ¡Ay!, grité. Ahí sí que me espanté del todo y empecé a respirar agitada y ruidosamente. No cabía duda, la persona o cosa que se encontraba debajo de mi cama me estaba haciendo un llamado con su mano para que mirase bajo la cama. No debía yo hacerlo. Había visto bastantes películas y leído muchas historias como para no saber que debajo de la cama solo se esconden cosas maléficas. Yo ya no creía en monstruos, pero lo que estaba debajo de mi cama era —con toda seguridad— un muerto o, peor, un demonio. Aunque, por otra parte, pensé que tal vez Dios había aceptado mi oferta y había resucitado a Juanito a cambio de un par de mis coches. En ese caso —pensé—, debería estar contento de ver a mi hermano con vida. Pero no. En realidad, sentía mucho miedo. No, no, no. No era miedo. Era una sensación diferente. Tal vez era terror o pavor. O qué sé yo. Era algo más intenso que el miedo. En estas circunstancias —me dije—, a cualquier niño se le permite llorar sin importar su edad. Así que eché a llorar con bastante enjundia. Mi vista

se nubló mis las lágrimas, las cuales sentía correr por mis mejillas a borbollones.

Sentía yo muchas cosas: miedo, soledad, desesperanza, angustia... y coraje. Sí, coraje. Mucho coraje conmigo mismo. Muchísimo. ¿Cómo podía yo ser tan cobarde?... Tal vez Juanito estaba atrapado debajo de la cama y necesitaba que yo lo rescatara. No podía saber por cuáles circunstancias estaría pasando mi hermano. Tal vez intentaba regresar del mundo de los muertos y alguien lo estaba jalando de los pies para llevarlo de regreso. Imaginé que debajo de mi cama había un pozo profundo —tal vez con llamas en lo más hondo—, el cual Juanito habría logrado escalar. En este momento, con toda seguridad, mi hermano estaría colgado de la orilla del foso con una mano; y con la otra, estaría llamándome para que lo jalase fuera. De sus tobillos estarían colgadas varias criaturas rojas de alas pequeñas y rostros perversos, mordiéndole los pies e intentando —con su peso— hacerlo caer de nuevo.

No. No podía yo proceder como una gallina medrosa, como un niño pequeño, dejando a la deriva a mi hermanito. Si bien, no podría enfrentarme yo solo a esos demonios malignos, ya que —a pesar de ser pequeños— me superaban en número. Así que decidí llamar a Dios en mi ayuda. «Padre nuestro, que estás en el cielo...», empecé a rezar mientras, a gatas, me acercaba a la cama lentamente. Mis brazos y piernas temblaban incontroladamente; los sentía desfallecer. Por mi frente empezaban a discurrir gotas de un sudor muy frío. Me detuve a una distancia prudente, desde donde estirando el brazo alcanzaría, de lejos, a levantar las sábanas para ver cómo estaba la situación debajo de la cama, y saber si era posible acercarme más para ayudar a Juanito. Con el dorso de la mano y un cabo de mi camisa enjuagué las gotas de sudor que empezaban a invadir mis párpados, y —antes de estirar el brazo— decidí invocar a la virgen, para el caso de que Dios estuviera muy ocupado y no pudiese venir en mi auxilio. «Dios te salve, María. Llena eres de gracia...», empecé a rezar mientras alargaba lentamente el brazo, el cual temblaba sin control. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros. Santa María, Santa María...», repetía sin parar, con voz llorosa. Sentía mi mano pesada, húmeda y pegajosa. Apenas podía moverla. Cuando estaba a punto de tocar las sábanas, la mano que estaba debajo de la cama las volvió a empujar: una, dos, tres veces. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!, grité espantado mientras me echaba hacia atrás bruscamente, cayendo sentado sobre la alfombra. Empecé a llorar fuertemente. «Dios te salve, María. Dios te salve, María...», gritaba sin parar. Después de un rato, un bulto pequeño y redondo empezó a formarse bajo las sábanas. El bulto aumentó de tamaño y empezó a moverse lentamente hacia mí. ¡Ay, ay...!, grité mientras me echaba más hacia atrás, arrastrándome sentado, ayudado de pies y manos, hasta topar con pared. Sentí que mi camisa se empapaba en sudor. ¡Ay, virgencita, virgencita!... Las lágrimas inundaban mis mejillas y entraban en mi boca: me sabían saladas como mar. Finalmente, volteé el rostro hacia un lado y cerré los ojos: no quería yo

presenciar mi muerte.

Pasó tiempo y no sentía yo que los demonios jalaran mis tobillos. Tampoco los escuchaba arrastrarse o platicar entre ellos. Abrí los ojos un poco. Muy poco, para que ellos no se dieran cuenta. Casi no lograba ver porque aún tenía los ojos empapados en sudor y lágrimas; apenas logré distinguir un bulto pequeño, peludo y negro que había salido de debajo de la cama, y que estaba parado al frente de las sábanas. Volví a cerrar los ojos. Intenté tranquilizarme: se trataba de un solo demonio, el cual era pequeño y que, además, no parecía estar enfadado. Un demonio de esas dimensiones —pensé— no podría devorarme. Podría, a lo sumo, morderme; pero yo me defendería golpeándolo con los trofeos que se encontraban sobre el tocador de mi alcoba. O ahogándolo con alguna almohada. Decidí volver a abrir mis ojos, esta vez sin tanto miedo. Parpadeé hasta lograr ver con claridad... ¡El bulto negro era nada más y nada menos que Fredo, nuestro travieso gato! Sentí una inmensa alegría. ¡Ja, ja, ja!... ¡Fredo!... exclamé. El minino se relamía una pata, despreocupadamente. Enseguida, volteó a verme desde su postura altiva de siempre, ¡Miau!, y empezó a caminar hacia mí parsimoniosamente. Al llegar, lo tomé entre mis brazos y lloré, aunque esta vez de alegría. Eché mano de un ratón de espuma y tela, el cual tenía una cuerda atada a un extremo, y me puse a jugar con Fredo.

No sé cuánto tiempo estuve jugando con el gato, y todo hubiera seguido de maravillas, de no ser porque oí unos ruidos que provenían del cuarto de Juanito; algo así como unos golpecillos en los muebles. Dejé de jugar abruptamente, y —sin hacer ruido— pegué la mano y el oído contra la pared, para escuchar mejor. Después de un rato, oí unos ruidos que con toda certeza procedían de su guardarropa. Corrí a cerrar la puerta de mi habitación con llave. ¡Oh, demonios!... ¿Y ahora qué?... ¿Acaso esta vez sí se trataba de Juanito?... Esperé en silencio, paralizado. No pasó mucho tiempo antes de que escuchará un llanto callado, casi imperceptible, que sin duda procedía de la habitación de mi hermano. Los pelos de la cabeza se me erizaron y sentí como si unas uñas largas me estuvieran pellizcando la piel de la nuca. Me encontraba de pronto ante una coyuntura de vida o muerte; debía tomar una decisión rápida. Pensé que para cuando cayera la noche, no tendría yo el valor suficiente de ver a ningún muerto. Ni siquiera a mi hermano. Tendría que salir de casa inmediatamente.

No podía yo escapar por las ventanas que había en la planta baja, puesto que todas tenían rejas. Por otra parte, la casa tenía los techos demasiado altos, así que intentar saltar por el balcón se me antojaba una locura. Me arrodillé sobre la alfombra y me senté sobre mis talones, pensativo; cavilando qué podría hacer. Vi las sábanas que había removido Fredo al salir de debajo de la cama y de ahí me vino en mente una idea brillante: si ataba las sábanas por las puntas, unas con otras, y amarraba un extremo de la fila a los baluartes del balcón, me sería posible

descender hacia la escalinata del patio frontal. ¡Excelente idea, por supuesto!... El único problema era que en mi habitación solo había dos sábanas. Muy pocas; debía conseguir más. No podía tomar las sábanas de la recámara de Juanito porque sentía que no soportaría verlo. No ahora que estaba muerto. No podría saber cómo reaccionaría mi hermano. Había leído que los muertos suelen hacer cosas malas a los vivos. Debía tomar las sábanas de la alcoba de mis padres. Mi madre tenía un armario bastante grande donde las guardaba: esa era mi salvación. El único obstáculo que se interponía era la habitación de Juanito, la cual estaba a medio pasillo, entre mi alcoba y la de mis padres.

Abrí la puerta de mi habitación un poco; únicamente lo suficiente como para alcanzar a ver sin ser visto. En cuanto estuve seguro de que no había muertos ni demonios merodeando en el corredor, salí de mi dormitorio caminando despacio y moviendo los pies con mucho cuidado, para no hacer ruido. Casi al llegar a la altura de la habitación de mi hermano, me detuve. Vi que la puerta se encontraba abierta. Sentí una angustia profunda. Traté de contener el ritmo agitado de mi respiración para que nadie me escuchara. Resultó contraproducente: mi respiración se agitó aún más. Supe que no podría pasar por enfrente de la puerta sin que mi presencia fuera advertida. Estuve indeciso por unos instantes hasta que, de pronto, sin pensarlo, eché a correr hacia la habitación de mis padres. Al llegar, cerré la puerta precipitadamente y le eché llave. Enseguida, tomé seis sábanas largas del armario. No podía tomar menos. No podría arriesgarme a tener que efectuar este tormentoso viaje de nueva cuenta. Abrí la puerta de la alcoba lentamente, sin hacer ruido. Verifiqué que no estuviera Juanito o algún demonio en el corredor. No había nada ni nadie, así que corrí hacia mi habitación. Sin embargo, al pasar frente a la habitación de Juanito, alguien me hizo tropezar y caí tirando las sábanas sobre el piso. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!... Eché a llorar horrorizado. Sabía que alguien venía tras de mí, pero no quería voltear a verlo. Ya había experimentado bastante miedo ese día, como para todavía tener que ver algún muerto; o peor aún, algún zombi podrido y sangrante. Me levanté gimiendo de angustia y desesperación; tomé dos sábanas y me abalancé hacia mi habitación. Entré rápidamente, cerrando la puerta con llave. Me senté contra la puerta para evitar que el zombi la abriera. Lloraba desconsoladamente. La tristeza comenzó a formar un nudo en mi garganta. Comprendí que mi hermano se había convertido en un muerto viviente malo, y no solo sentía yo temor, sino una profunda melancolía. Sabía que Juanito —o lo que quedaba de él— no habría de permitir que escapase de casa. No ahora que se había convertido en un zombi.

Cuando me calmé pensé que, después de todo, el hecho de que Juanito se hubiese convertido en zombi representaba una ventaja: los zombis, a diferencia de los fantasmas, caminan lento, se mueven con torpeza y no pueden atravesar puertas ni paredes. Esa era la causa por la que mi hermano no había logrado atraparme cuando me persiguió por el corredor: Juanito era ahora una criatura torpe y lenta, aunque letal y

siniestra. Mientras tanto, Fredo permanecía echado en el suelo indolentemente. No le importaba mi desgracia. Apenas levantó la cabeza y me miró indiferentemente. Pérfido. Merecía —pensé— ser devorado por Juanito; se lo tenía ganado. En esas estaba cuando escuche un ruido que provenía del dormitorio de mi hermano. Juanito —o su zombi— había regresado a la habitación. Ahora sí disponía yo de tiempo para intentar escapar.

Empecé a anudar las esquinas de las sábanas para formar una fila. Una vez que terminé, corrí al balcón y até un extremo a uno de los balaustres de la barandilla. Empecé a meter la fila de sábanas por entre balaustres y, al terminar, me puse en pie para ver si alcanzaban a tocar el piso superior de la escalinata. No solamente tocaban las sábanas el piso, sino que una parte llegaba a cubrir los primeros escalones. Sentí alivio; había llegado la hora de consumir mi escapatoria.

Me apoyé en el barandal superior mientras echaba una pierna hacia afuera del balcón, y eché la otra, enseguida. Logré colocar cada pie entre balaustres. En ese momento, me vi encarado por un dilema: debía yo coger con una mano la fila de sábanas que colgaba de la parte inferior del balaustre, sin soltar la otra mano del barandal. Tuve que sentarme en cuclillas, dejando el trasero al aire, para tomar con la mano izquierda la fila de sábanas. Hasta ahí, todo iba bien. Pero ¿cómo habría de tomar la fila de sábanas con la mano derecha si la tenía ocupada, aprisionando el barandal con fuerza? Tuve que regresar al balcón; era evidente que debía atar las sábanas a la barandilla superior. Me encontraba desatando las sábanas del balaustre, cuando escuché un ruido que provenía de mi dormitorio. Me quedé congelado... Escuché otro ruido. ¡Demonios!... ¡Juanito intentaba entrar a mi habitación!... ¡Pum, pum, pum!, escuchaba mi corazón latir fuertemente. ¡Pum, pum, pum!, sentía que las venas de mis sienes se hinchaban y que estaban a punto de reventar con cada latido. Me apresuré a desatar las sábanas, afanosamente. Entretanto, mis manos temblaban. Escuchaba mi propia respiración, mientras intentaba terminar de desatarlas. Una vez que logré desatarlas, empecé a amarrarlas del barandal superior. ¡Oh, Dios! Sabía que pronto Juanito habría de derribar la puerta de mi alcoba. Creí escuchar otro ruido. ¡Ay, virgen!, grité desesperadamente mientras terminaba de atar el nudo, raudo y veloz. Al terminar, me eché al otro lado de la barandilla, antes de que Juanito derribara la puerta.

Esta vez, las sábanas colgaban por entre mis piernas, y había logrado cogerlas con ambas manos, a la altura de mi abdomen. Estaba tan asustado que no dudé en despegar los pies del balcón y quedar al aire. ¡Trac!... El barandal se quejó. ¡Pas!... mi mandíbula hizo un ruido seco al golpear contra el borde exterior del piso del balcón. No sé cómo pude sostenerme de las sábanas, ya que el fuerte golpe no solo me dolió agudamente, sino que también me mareó. Estuve moviendo las piernas —por el dolor del golpe— como si me paseara en una bicicleta invisible, y

vine así a empeorar mi trance: la piel que cubría mi mandíbula y parte de mi mejilla derecha se raspó varias veces contra el borde del piso, debido al vaivén de mi cuerpo, hasta dejar la carne viva. Además, mis manos y brazos resintieron el peso de mi cuerpo durante mi baile funesto, el cual no acabó sino hasta que dejé de mover las piernas. Una vez que se estabilizó mi cuerpo, la cara derecha de mi rostro quedó aprisionada entre baluartes —como reo condenado a muerte—, mientras mi mandíbula continuaba presionada fuertemente contra la cara exterior del piso del balcón. Tuve que tragar buena parte de la sangre que manaba en el interior de mi boca, ya que en la posición en que estaba me era difícil escupirla. Mi sangre sabía amarga. La piel raspada me ardía intensamente, como si el borde del piso en el que se encontraba recargada tuviese sal. Sentía un dolor punzante en la mandíbula y en los dientes.

Desde la posición en que me encontraba, me resultaba difícil mirar hacia dentro; solo podía ver el horizonte hacia mi lado izquierdo. Veía las nubes grises de una tormenta que se aproximaba. También los montes y —entre ellos, enorme, a lo lejos— el Cerro Colorado, el cual siempre me había dado miedo ver porque tenía una cruz blanca en la cima, la cual me hacía imaginar que se trataba de la tumba de un gigante que algún día habría de despertar, para venir a aplastar las casas con sus grandes pies. Torcí los ojos hacia la derecha para ver —de reojo— hacia el interior de mi habitación. Mi cama tapaba buena parte de la vista. Juanito —o, mejor dicho, su zombi— nunca salió al balcón. Fredo, sí. Primero se paró detrás del cristal de las puertas y solo asomó su rostro. ¡Miau!, me miró impassible. Enseguida, salió al balcón y camino de un lado a otro, parsimonioso y despreocupado, estirando las patas con elegancia. No comprendía yo cómo podía nuestro minino permanecer impassible ante mi desgracia.

Me empezaron a doler las manos. Pensé que, tal vez, hubiera sido mejor haberme quedado dentro y permitir que Juanito me devorase. Después de todo, había sido mi hermano y no podía sino mostrar compasión hacia mí en mi último momento. Tal vez me hubiese concedido una muerte rápida, o me hubiera mordido de una manera que no doliera tanto. Moví una pierna hacia enfrente, como intentando volver a subir. Fue inútil. Tenía casi la totalidad de mi cuerpo al aire; al menos desde el cuello hasta los pies. Solo conseguí lastimar mi mandíbula aún más.

Mis dedos se aflojaron y me deslicé unos cinco centímetros: la cara exterior del piso rasgó la piel de mi mejilla. Me invadió una profunda angustia. No sabía que habría de suceder; pero presentía que sería algo terrible y funesto. Mis dedos estaban sumamente cansados. Me entró un pavor intenso de llegar a soltarme. Conforme aumentó mi cansancio, empecé a resoplar —débilmente— de espanto y congoja. Me imaginé dentro de un féretro; y a mamá, llorando. También pensé que mi padre se pondría muy triste durante mi velorio. De pronto, sentí que alguien jalaba

levemente de las sábanas: una, dos, tres veces. Alcé la vista y miré unos dedos pequeños que las ceñían por entre balaustres. La mano volvió a jalar las sábanas para llamar mi atención. Sentí alivio y alegría; supe que mi hermano había venido a rescatarme. Finalmente, Juanito tendió la mano para salvarme. Por un instante dude en tomarla, ya que el antebrazo se encontraba algo descarnado. Era mi última esperanza, así que moví una mano rápidamente para asirme, pero en ese momento mi hermano retiró la suya, malvadamente. Sentí que caía. ¡Pas!... mi cuerpo produjo un ruido seco al tocar el piso con los pies. ¡Pas!... mis rodillas se doblaron instantáneamente, golpeándome el trasero con toda la saña que la gravedad de nuestro planeta permite. Seguramente boté, ya que enseguida sentí que volvía a caer, pero esta vez sobre los primeros escalones de la escalinata: ¡Trac!... los huesos de mis costillas y mi brazo hicieron un ruido macabro y siniestro, y empecé a deslizarme por el resto de la escalinata, boca arriba, con la cabeza apuntando hacia abajo. Hubo partes de mi cuerpo que me dolieron más que la muerte, pero llegó un momento en que el sufrimiento me abrumó tanto que ya no logré distinguir que me dolía. Al final, mi cabeza quedó colgando del penúltimo escalón, y mis pies quedaron apuntando hacia la casa. El brazo izquierdo lo tenía detrás de la espalda; y el derecho, hacia un costado.

Cuando desperté, no sabía quién era yo ni dónde estaba. No sentía ni podía mover mis brazos ni mis piernas. Únicamente sentía dolor. Dolor, dolor, dolor. Mucho dolor. Muchísimo. La sangre de mi boca había corrido y había alcanzado uno de mis ojos: No podía abrirlo; lo sentía pegajoso. Parpadeé para lograr abrirlo y, al hacerlo, vi todas las cosas en un tono rojizo. Luego, empecé a notar que el mundo estaba al revés; es decir, el suelo arriba y el cielo abajo. Mi balcón y el tejado de la casa se encontraban abajo; las flores del jardín, arriba. El enrejado de la cerca también estaba al revés. El agua de la fuente subía en vez de caer. A lo lejos, vi que se abrían las rejas. Enseguida, un coche rojizo —por supuesto, con las llantas arriba y el techo abajo— se aproximó velozmente. Varias personas bajaron del vehículo apresuradamente y corrieron hacia mí, con los pies arriba. Uno de ellos exclamó: «No lo toquen ni lo muevan; lo pueden dañar más». Otro acercó sus rodillas a mi rostro y echó a llorar. Una señora que se encontraba parada de cabeza dijo: «He pedido una ambulancia, señor Lascuráin; no tarda en llegar». Finalmente, el hombre que lloraba gritó: «Hijo mío, Pedrito... ¿iQué has hecho!?».